

El ejemplo de la indigna y execrable sátira cunde, y no tardará mucho en que todos la imiten, cayendo en tal bajeza, aunque más tarde (en 1627), el gigante espíritu de Quevedo. El severo filósofo, el grave aristarco saca á la vergüenza el nombre de Lope, el de la mujer que le correspondió, y otro más, sin que le detuviera el encontrarse aquella señora vieja y ciega; porque la infernal musa le empuja á llamar Lopillo al inmortal ingenio, á calificarle de público truhan y bufon, y á narrar las vicisitudes de su vida:

.....
 Cuando fué representante,
 Primeras damas hacia;
 Pasóse á la poesía
 Por mejorar lo bergante.
 Fué paje, poco estudiante,
 Sempiterno amancebado,
 Casó con carne y pescado;
 Fué familiar y fiscal,
 Y fué viudo de a-rabal,
 Y sin orden, ordenado. (345)

Con asco y horror hay que apartar la vista de estos escándalos, y lamentar que así perdieran el tiempo, la **sávia** poética, la fama y la honra, hombres de tan vigoroso entendimiento.

Góngora enseñó á Villamediana el camino de

la arriesgada sátira política, ensañándose en 1607 contra el licenciado Alonso Ramírez de Prado, consejero real y de Hacienda, que por aquellos días acababa de ser envuelto con el Conde de Villalonga en fiera persecucion, como malversadores ambos de las rentas públicas. Aquella sátira halagaba entónces á un valido fuerte y poderoso, y no trajo amarguras á D. Luis; ántes bien hubo de empeñarle, por Setiembre de 1612, en disparar un dardo envenenado contra su protector D. Rodrigo Calderon, que se supuso caído de la privanza con el Duque de Lerma. Cuando con asombro corria por Madrid la voz de que D. Rodrigo acababa de probar en Flándes ser hijo del Duque de Alba D. Fadrique, renegando de los que le dieron el sér, Góngora rompe dignamente en aquella famosa letrilla:

Arroyo, ¿en qué ha de parar
 Tanto anhelar y subir,
 Tú por ser Guadalquivir,
 Guadalquivir por ser mar?
 —Carillejo en acabar
 Sin caudales y sin nombres,
 Para ejemplo de los hombres.—
 Hijo de una pobre fuente,
 Nieto de una dura peña,
 A dos pasos los desdeña
 Tu mal nacida corriente....

Pésame que el desengaño
 La vida te ha de costar.
 Arroyo, ¿en qué ha de parar
 Tanto arribar y subir,
 Tú por ser Guadalquivir,
 Guadalquivir por ser mar. (346)

No siendo el vate cordobés tan sagaz como el teniente de corregidor Marqués de Careaga, en conocer que D. Rodrigo no había perdido el invencible afecto del Duque, valióle una cárcel su justo desenfado; pero en viéndose libre, juró y cumplió no volverse á meter con los políticos ni con los poderosos:

Ministros de mi rey, mis desengaños
 Los piés os besan desde acá, sea miedo
 O reverencia á sátrapas tamaños.
 Adios, mundazo; en mi quietud me quedo. (347)

Y estúvele mejor satirizar de allí adelante á solo alegres damas, vagabundos actores, y extasiados poetas, que podían desquitarse con diatribas, y no responder con encierros y estocadas.

Por el año de 1617, en que empezó ALARCON á dar mayor número de comedias al teatro, un tercer maldiciente, de otra índole que Villamediana y Góngora, traía revuelta la corte; y con él tuvo que habérselas el mexicano. Era doctor

por Salamanca, hombre de entendimiento y de laboriosidad incansable, pero que no perdonaba ni á los vivos ni á los difuntos. Al revés de Cervantes, que no quería que salieran á la luz las culpas de los muertos, él hasta les formaba capítulos de culpas con las más altas y generosas acciones. Buen poeta, insigne traductor de *El pastor Fido*, tragi-comedia pastoral del Guarini, y émulo de Montemayor, oponiendo á su *Diana*, *La constante Amabilis*; tanto se apresuró á escribir, que desde 1603 á 1612 compuso ocho libros. Sirvió diez y seis años á su rey, administrando justicia y dando buena cuenta de lo que estuvo á su cargo, ya como auditor de la infantería española en el Piamonte y Saboya, ahora como abogado fiscal de la provincia de Martesana, ya siendo juez de Tiramo (reino de Nápoles) y comisario contra bandoleros. Había nacido en Madrid, y se firmaba Dr: Cristóbal Suarez de Figueroa. (348)

Su pluma corre con desenfado y belleza, pero destilando hiel en el trecho que ménos puede esperarse. Quevedo, superior en la profundidad y alcance, no tiene frases mucho más felices y atrevidas que Figueroa para pintar el gobierno de los malos é ignorantes, á los ambiciosos y serviles, á escolares y académicos, á los ociosos y lindos galancetes de capa y espada. Pero, sin

aguardar á que se metieran con él, daba de improviso un botonazo á Jáuregui, á Pedro de Espinosa, Góngora, Quevedo, al anaereóntico Villégas, á Lope y á todo escritor famoso; y no viendo el envidiado, complaciase en morderle, pagando con fiera ingratitud la deuda de constantes alabanzas. Al año de muerto el autor del *Quijote*, se goza en maldecir de que, habiéndole sucedido naufragios en el discurso de su vida, los hubiera entregado á la fama en sus novelas. Y sin piedad, quizá sin razon, y sobre todo sin originalidad (repitiendo lo que de sí mismo dijo Cervántes en su *Viaje del Parnaso*), le llama autor de sus propios y grandes infortunios; y se arroja á sentenciar que el haberlos tomado por argumento ó episodios de sus obras, solo podia servir de manifestar al mundo su imprudencia, firmando de su mano sus mocedades, escándalos y desconciertos. Táchale el título de *ejemplares* puesto á las *Novelas*; llama abultado y hueco el de *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*; critícale porque hizo versos en la vejez para certámenes literarios; y búrlase de la publicacion de las ocho comedias, y aguarda que se representen en el valle de Josafat, donde no ha de faltar auditorio. En fin, envidiando aquel pincel maravilloso, á que otro ninguno iguala, sueña que le desluce el maldiciente Figueroa con

escupir sobre la sepultura de Cervántes estas venenosas palabras: «No falta quien ha historiado sucesos suyos, dando á su corta calidad maravillosos realces, y á su imaginada discrecion inauditas alabanzas; que, como estaba el paño en su poder, con facilidad podia aplicar la tiserá por donde la guiaba el gusto. Errar es de hombres; y perseverar en los yerros, de demonios. No sé qué tiene la pluma de aduladora, de hechicera, que encanta y liga los sentidos luego que se comienza á ejercitar. Arráigase este afecto en el alma: un librico tras otro, y sea lo que fuere. *Anda toda la vida el autor en éxtasis, roto, deslucido, y en todo olvidado de sí.* Si es imaginativo y agudo en demasia, pónese á peligro de apurar el seso, *concretuando cómo le perdieron algunos que aun viven.* Si es algo material, bruma á todos, abofeteando y ofendiendo con impertinencias el blanco rostro de mucho papel. Dura en no pocos esta flaqueza hasta la muerte, *haciendo prólogos y dedicatorias al punto de espirar.* Dios os libre de tan gran desdicha. Dad paz á vuestros pensamientos. Seguid recreo más terrestre y ménos espiritual; que así pasaréis mejor la vida, y así poseeréis más dineros.» (349)

¡Conque, en 1617, y muerto Cervántes, aun vivía el modelo que le sirvió para trazar la figura

de D. Quijote! ¡Conque, en sus obras, el Apé-
les de la naturaleza vino á describir su propia
vida y sucesos, dándoles maravillosos reales!
¡Conque, era verdad el éxtasis en que Cerván-
tes pasaba la vida, como aquellos poetas que
diseñó en el *Viaje del Parnaso*! ¡Conque, roto
y deslucido su traje, y morando en los espacios
imaginarios, se atrajo el despego de los demás
y el olvido y pobreza! Figueroa estaba por lo
positivo:

Ouro et prata; que esta vida
Naõ sustentaõ papeis naõ. (350)

Así al muerto Cervántes le pagaba el afectuoso
recuerdo del *Quijote*, y este del *Viaje del Par-
naso*:

Figueroa es estotro, el doctorado,
Que cantó de *Amarili la constancia*
En dulce prosa y verso regalado.

Es de esperar que los cervantistas, que tanto
discurren buscando el original de D. Quijote,
redoblen sus pesquisas, enardecidos por el tes-
timonio de Figueroa, en que no creo se haya re-
parado hasta ahora.

Si la muerte y elogios no escudaron á Cer-
vántes contra el mordaz vallisoletano, ¿cómo
podía escapar ALARCON de la lengua del maldi-
ciente? Un licenciado, que en el hábito de su pro-
fesion presume de atildado y limpio, vistiendo bien
cortada sotanilla, capa de gorgoran de Nápoles,
siempre lustroso, crujidor y casi por estrenar,
sin ser ménos lucido en el restante ornato de zapa-
to, medias y ligas, cuello, sombrero y guantes; un
advenedizo, que tiene osadía para pretender gra-
ves oficios, y se imagina con dicha para alcanzar-
los, y ánimo para ejercerlos y gobernar el mundo;
enfin, un contrahecho, descolorido y flaco, de fren-
te ancha y despejada, melancólicos ojos, chupado
de mejillas y puntiagudo de barba, que hace con
su ingenio olvidar á las hermosas mujeres lo ri-
dículo de su jiba, era para desatinar á Figue-
roa. (351)

En el libro de *El pasajero, advertencias
utilísimas á la vida humana*, esparció muchas
de las pullas con que quiso mortificar el amor
propio de ALARCON, y á que éste respondió en el
teatro. Figueroa desafiaba en tan singulares dis-
cursos á las mismas personas de quien maldecía,
advirtiéndoles tener «ánimo de inmortalizar á
alguno de estos inhábiles, destes ignorantes (—di-
go quiénes eran: Lope, Góngora, ALARCON, Cer-
vántes, Quevedo!) destes engreidos;» y excitaba-

los á publicar los brutos partos de su capacidad, y que despues hablen. «Mas en tanto echen de ver que no me escondo tratándo dellos, sino que hablo de modo que de eualquiera pueda ser entendido.» ALARCON no se hizo de rogar, é introduciendo en la escena á un criado con nombre de Figueroa, respondió victoriosamente á todas las malicias.

Pero lo uno y lo otro requieren capitulo aparte.

CAPITULO XI.

Sacúdense Alarcon de las pullas y malicias de Figueroa.—Lope rostrítuerto, y zaherido por el mexicano.—Recoge el guante D. Antonio de Mendoza, en defensa del Fénix de los ingenios.—El regidor Juan Fernández y su huerta famosa.—“Las Paredes oyen,” “La Prueba de las promesas” y “Mudarse por mejorarse.”

1617

«Las Indias para mí no sé qué tienen de malo (decia Figueroa), que hasta su nombre aborrezco. Los hombres, qué redundantes, qué abundosos de palabras, qué estrechos de ánimo, qué inciertos de crédito y fe; cuán rendidos al interres, al ahorro; siempre sospechosos, siempre retirados y montaraces! ¡Pues la presuncion es como quiera! Todos, sin ellos, ignoran; todos yerran, todos son inexpertos; fundando la verdadera sabiduria y la más fina agudeza solo en estar siempre en la malicia, en el engaño y doblez. ¡Notables sabandijas crian los limites antárticos y occidentales!» (352)

En otra parte retrata á un mexicano de per-